

ROCÍO ANGLADA CURADO

LOS NIÑOS DEL HAMBRE

LA EXPOSICIÓN *LOS NIÑOS DEL HAMBRE* que tuvo lugar el pasado mes de septiembre, se proyectó, diseñó y montó como una actividad dentro del taller *El Museo con los Mayores*. Este taller viene desarrollándose en el Museo de la Ciudad desde el año 2001. Surgió a partir de una propuesta del Área Municipal de Servicios Sociales, que tiene en las personas mayores una de sus líneas prioritarias de atención. La intervención social en este segmento de edad se aborda desde enfoques-acciones de alcance y objetivos muy heterogéneos, en función de las situaciones, características y exigencias también muy heterogéneas de los integrantes de este segmento poblacional. Desde las acciones de la más clara orientación dinamizadora que se llevan a cabo en la residencia de ancianos hasta la Universidad de Mayores existe una obvia diferencia que obliga a la concurrencia de profesionales de diversos campos, además de los trabajadores sociales, los psicólogos y los animadores.

Este es el caso de *El Museo con los Mayores*. El objetivo último de esta actividad es la dinamización de un grupo de personas mayores, siendo el principal argumento de dinamización el Patrimonio Histórico. Esto no supone un impedimento para que el mismo Museo tenga sus propias expectativas en este taller, relacionadas con las tareas y funciones genéricas que le son inherentes, es decir, la conservación, investigación y difusión del Patrimonio Histórico. El taller tiene lugar en la sala de usos múltiples del Museo de la Ciudad, y está coordinado por el personal de la misma institución y trabajadores sociales responsables de la tercera edad en los Servicios Sociales Municipales.

El desenvolvimiento de esta actividad se apoya en la colección de fotografía antigua del Museo de la Ciudad. Cada sesión consiste en la proyección de unas cuantas de estas fotografías a un grupo asiduo de personas de entre 65 y 85 años. Las fotografías se seleccionan y se agrupan por temas, estimulando a los participantes a que comenten lo que sepan de ellas o lo que éstas les sugieran,

registrándose todo ello en video o en audio. Ellos mismos proporcionan fotografías, que quedan incorporadas a la mencionada colección y que son también proyectadas en el taller.

Se trabaja así sobre varios aspectos patrimoniales. En primer lugar, se intenta conservar una historia muy frágil, la de la vida cotidiana de los últimos 60 años, especialmente interesante por las circunstancias que la rodearon (guerra, posguerra, represión, etc.) y por la inusitada aceleración del ritmo histórico que se experimenta a partir de mediados del pasado siglo. En segundo lugar, permite el acopio de un material documental de difícil acceso y, por último, cubre las necesidades de difusión a un grupo de edad poco acostumbrado a otros lenguajes museísticos.

Como se dice más arriba, cada jornada se intenta centrar temáticamente mediante la selección previa de imágenes y operando con una metodología que tiene como referente el trabajo de campo de los antropólogos. La conservación de la versión cotidiana de aquellos años se garantiza mediante al desarrollo de un proceso de investigación y documentación que, en paralelo a la dinamización, recoge con cierto orden y método la información. Aquí es donde entre esta dinamización y la labor de recopilación de datos el equilibrio es más quebradizo, pues los participantes no asumen casi en ningún momento mentalidad de informantes (ni es eso exactamente lo que se pretende) y la sesión puede resbalar hacia el comentario banal sobre las personas o circunstancias que aparecen en las fotografías. El hecho de ser reuniones de varias personas -suelen asistir entre 10 y 12 mayores- es un factor positivo de cara a la dinamización y una dificultad añadida para la labor documental, pues mantener cierto orden en las intervenciones, la claridad de la participación colectiva y la continuidad argumental implica un intenso trabajo de moderación que no puede, sin embargo, entrar en contradicción con la actitud lúdica con la que acuden los participantes.

El formato básico del taller -la proyección de fotos- se ha practicado durante un largo periodo de cuatro años de desarrollo con una periodicidad semanal. Después de tanto tiempo se ha visto la necesidad de diversificar las sesiones con actividades distintas. Algunos días al mes se han dedicado a la recopilación de los motes de Carmona, intentando analizar su origen, fórmulas de transmi-

sión y, en general, su contexto etnográfico. El fin último de esta actividad es la edición de una publicación modesta de carácter divulgativo, que en tono amable y humorístico informe sobre las peculiaridades que en Carmona adopta una seña de identidad del ámbito rural tan extendida como es el uso de los apodos. Hasta hoy se han recogido algo más de mil motes que se han almacenado en una base de datos. Los listados son repasados por los participantes con el objetivo de incrementarlos y depurarlos. Ellos mismos indagán en su entorno social próximo la explicación particular de cada uno de estos sobrenombres y la exponen ante el grupo, que contrasta la veracidad y exactitud de las noticias recogidas.

Se ensayó también el taller al aire libre: la visita a un monumento es comentada por los participantes y registrada en video. Esta fórmula permite acumular informaciones diversas sobre un monumento concreto, desde la evolución de su conservación a usos extinguidos de los que no queda otra constancia documental. Esta versión de *El Museo con los Mayores* al aire libre tiene su principal inconveniente en la movilidad restringida de alguno de los participantes, por lo que su desarrollo se ha limitado a unas cuantas ocasiones.

El pasado año 2004 acabó con una modesta exposición de la fotografía aportada por los integrantes del grupo y que se tituló *Vidas en Carmona*. La exposición fue diseñada y montada por el personal del Museo de la Ciudad en la sala de exposiciones temporales.

El año 2005 que ahora termina se planteó de otra manera. Para evitar la repetición tanto de la forma de hacer como de las temáticas, se optó por abordar un asunto concreto en profundidad, con la intención de tratar todos los aspectos posibles. Se escogió la infancia como argumento y el montaje de una exposición monográfica como objetivo del desarrollo metodológico.

Lo primero que se hizo fue proponer a los participantes que fabricaran juguetes caseros, prácticamente los únicos de los que dispusieron los niños de los años 30, 40 y 50: pelotas y muñecas de trapo, tirachinas, hondas, cometas y aros. Esta sugerencia fue acogida con entusiasmo por los mayores, que incluso se reunieron en grupos para abordar la construcción de alguno de los objetos.

En referencia a los juguetes cabe señalar que algunos no sólo son ingeniosos y *funcionales*, sino estéticamente apreciables, y que componen un conjunto digno de una colección etnográfica. De hecho, gran parte de ellos fueron cedidos al Museo de la Ciudad.

En cada sesión y ante la cámara de vídeo, cada uno de los autores explicó cómo se usaba el juguete que había aportado a los *fondos* de la exposición, y a raíz de ahí se entablaba un diálogo que podía derivar hacia otros aspectos interesantes sobre la infancia que ellos vivieron. De esta manera se han abordado cuestiones muy diversas, relacionadas con los distintos ámbitos de desarrollo de la vida. Así, juegos, escuela y trabajo ilustran sobre la vida social de estos niños, mientras que sus comentarios sobre la disciplina y las relaciones padres-hijos testimonian cambios importantes en el entorno familiar desde entonces hasta hoy. Otros asuntos tocados en las distintas sesiones contribuyen a dibujar lo cotidiano y *menudo* de los durísimos años de la guerra y la posguerra que les tocó vivir. La escasez de alimentos, que con todo rigor permite hablar de hambre (“...con un trozo de pan y media taza de aceite echábamos el día...”), la falta de una atención médica suficiente que llevó a muchos niños irremisiblemente a la muerte (“...todos los días se veían cajitas blancas...”), las carencias básicas en cuanto a higiene y vestido, etc. ofrecerían un panorama desolador si no se equilibrara con el relato de lo positivo: fiestas, celebraciones y el irónico y tierno humor con que describen su iniciación sexual. Muchas veces las conversaciones se forzaron para encauzarlas hacia determinados temas que no afloraban de forma espontánea, pero de los que no se podía prescindir para generar un panorama más o menos aproximado de los años que se pretendía describir a través de la exposición. No se puede dejar de hacer mención a la carga emotiva que ha pesado sobre muchas de estas reuniones. Al fin y al cabo el contenido principal del debate ha sido la propia vida de los participantes; alguno de ellos ha contado cómo quedó huérfano al morir su padre en un campo de concentración, o cómo perdió a familiares y amigos que huyeron de la represión o que fueron víctimas de los asesinatos indiscriminados. Conmovedores fueron los relatos que explicaban las cavilaciones y el ingenio con que afrontaban la falta de recursos de todo tipo, sobre todo la carencia de alimentos.

Todas estas narraciones, unas veces de carácter general y otras pura anécdota, han proporcionado en gran parte de los contenidos

de la exposición, que se llamó finalmente *Los Niños del Hambre* y fue inaugurada el 9 de septiembre de 2005 en la sala de exposiciones temporales del Museo de la Ciudad. El nombre dado a la muestra tal vez resulte duro o exagerado desde el momento actual, pero si hay un argumento común, persistente y repetido continuamente en las sesiones del taller para describir aquellos años, éste es el hambre como una presencia acuciante y mordiente. No se pretendía, a pesar de ello, producir una visión trágica, o exclusivamente trágica, de esas circunstancias, pues los recuerdos que se exponen son los de unos niños que vivieron como tales, con ingenuidad e irresponsabilidad. Muchos episodios están cargados de comicidad y son narrados con un marcado espíritu burlón. Seguramente, fueron sus padres y los adultos que les rodeaban los que realmente vivieron aquello de forma dramática.

En la exposición se ha intentado combinar de manera equilibrada la información-visión de carácter subjetivo y emocional proporcionada por los mayores con la documentación objetiva de carácter histórico, pero con la intención de aportar una impresión, más que el retrato apurado y preciso de una época.

En el proyecto expositivo se quiso no sólo no dejar de lado la vertiente de dinamización del taller, sino que se persiguió la estimulación de este aspecto. Esta estimulación se intentó por dos caminos distintos.

Por una parte, se hizo todo lo posible para que los mismos participantes del taller fueran protagonistas del discurso de la exposición. Las fotos que sirvieron tanto de ilustración como de documentación fueron las proporcionadas por ellos mismos y en las que ellos mismos aparecían en su niñez y juventud. El cartel de la muestra (figura 1) también presenta una fotografía en la que aparece uno de los mayores cuando era niño, usándose el motivo principal como logo para paneles y cartelas. Cada uno de los juguetes ha llevado una cartela (figura 2) con el nombre con el que se le conoce en Carmona popularmente, los materiales con los que estaba fabricado y el nombre del autor. Es decir, se ha seguido la forma de exponer habitualmente las piezas de una colección de arte o de arqueología, sin renunciar a su autoría, ni a su propia consideración como tal *pieza*. No obstante, el protagonismo de los mayores se manifestó de forma explícita mediante



▲
Figura 1.



▼
Figura 2.

un gran panel (figura 3) colocado en el pasillo de entrada a la sala de exposiciones, que contenía una foto actual de cada uno de los participantes junto con otra de niño o joven, además de su nombre y fecha de nacimiento.

La segunda vía que se utilizó para recalcar la función dinamizadora y difusora de *El Museo con los Mayores* fue el mismo montaje de la exposición. Este se planteó como un trabajo común entre el personal del Museo y los propios miembros participantes en el taller. Las tareas de documentación, selección y jerarquización de la información, de elaboración de textos y el diseño informático fueron llevados a cabo por el Museo, que contó con la valiosa e insustituible colaboración de varios becarios¹. Del montaje propiamente dicho (figura 4) se encargaron los mayores, siguiendo la coordinación de los técnicos: decoraron las vitrinas, las llenaron, prepararon las láminas de los paneles informativos, tramoyaron la sala y, en general, hicieron todo aquello que fue necesario para dejar la exposición a punto, sin que se dieran problemas de ningún tipo en relación a su condición de *mayores*.

Por lo que respecta a la metodología empleada, el argumento expositivo principal debían ser los juguetes, por lo que la forma de mostrarlos tenía que ser lo más atractiva posible (figura 5). Para ello se reservó un testero completo de la sala de exposiciones temporales. Sobre un fondo diluido de arquitectura se colocaron fotografías de niños a escala real, recortados sobre cartón pluma y en la postura adecuada para que estuvieran usando cada uno de los juguetes, que llevaban incrustados o pegados. Junto al juguete, las cartelas indicaban autor y denominación, siempre optando por el localismo cuando este existe, ya que así es como los asiduos del taller nos los dan a conocer. Así, las cometas son en Carmona *panderos* y los tirachinas *elastiqueras* mientras que la *carioca*, el *bartolito* y la *billarda* probablemente tengan otras formas de ser nombrados en distintas comarcas o zonas.

La exposición se completaba con varias vitrinas que albergaban aquellos juguetes que no podían, por su tamaño o por el material en que estaban hechos, ser mostrados como se ha explicado anteriormente. Una de las vitrinas se especializó temáticamente gracias a la disposición de una curiosa colección de fármacos, emplastos, biberones y otros elementos relacionados con la salud



▲
Figura 3.

1. Participaron en el proceso de diseño y montaje de *Los Niños del Hambre* Daniel Bargalló, Pilar Grandes, Gertrudis Hidalgo, Inmaculada Pérez, Inmaculada Reyes y Susana Román, a quienes se agradece su esfuerzo.

▼
Figura 4.

▼
Figura 5.



infantil de los años 40 y 50. Esta colección se conserva en la farmacia de don Sebastián Mira Gómez² y se expuso siguiendo las indicaciones del farmacéutico, que reprodujo las píldoras, *papelillos*, *sellos* y jarabes que se elaboraban en las reboticas hasta hace cuarenta años.

Por último, *Los Niños del Hambre* dispuso también de una pequeña sala de vídeo con capacidad para unas ocho personas en la que se reproducía de forma continua una película en soporte DVD realizada para la exposición. Los pasajes que integran el vídeo se corresponde con las distintas sesiones del taller, que se han ido registrando en formato digital. De estas sesiones se hizo una selección por temática -en función de unos mínimos técnicos- hasta alcanzar aproximadamente una hora de grabación.

El montaje de esta exposición, modesta en presupuesto y en pretensiones, ha permitido, sin embargo, tratar, aunque sea casi de soslayo, el periodo de la guerra y la posguerra en Carmona, escasamente abordado hasta ahora de cara al público general. Aunque lo ofrecido sea una visión somera de un periodo sobre el que tantas páginas se han escrito, tiene la ventaja particular de que se apoya en un testimonio directo y no profesional.

Otra cuestión que de alguna manera se manifiesta en esta exposición es el cambio rápido y el ritmo progresivamente acelerado que caracterizan el proceso histórico del siglo XX, sobre todo en su segunda mitad. Contemplar los rudimentarios juguetes, contruidos con palos de madera, trozos de caucho desechado, latas de sardinas o pencas de chumbera y compararlos con las videoconsolas y los *tamagotchi* permite sacar muchas conclusiones al respecto, distanciando nuestro mundo de aquel mundo del que apenas nos separan cincuenta años. La vitrina de la colección de farmacia nos lleva por el mismo camino, marcando diferencias entre la vida de entonces, artesana, escasa, ahorrativa y reutilizadora, con la de ahora, tecnologizada, sobreabundante, despilfarradora y desechadora. Y sin duda, la mayor distancia que se comprueba entre aquellos años y éstos es precisamente la del hambre, que no sólo hace referencia a una situación política y sus consecuencias económicas, sino a una transformación impensable de los niveles de vida de las clases trabajadoras.

2. Desde estas líneas se agradece a don Sebastián Mira Gómez su amable dedicación, que no se limitó a facilitar su colección, sino que proporcionó toda la información que permitía contextualizarla dentro de un ambiente histórico concreto.

